

Tierra de dos Ciudades

Por MANUEL LIZCANO PELLON.

ESTA GENERACION DE CRISTO

“En verdad os digo, que no pasará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla”. (Lc. 21, 25).

Esta generación suya, de la que habla Cristo, es la Iglesia. En ella es donde todos los hermanos de Jesucristo, nuestro primogénito ante el Padre, hemos nacido a la vida de Dios y formamos su único cuerpo, una sola generación por encima del tiempo, impulsados por este principio vital que un mismo espíritu —el Espíritu de santidad que cierra la Trinidad de Dios— alienta en todos nosotros. En ella, en la Iglesia, ese mismo Espíritu Santificador que consuma todo el proceso íntimo en que la sociedad de las Tres Divinas Personas se produce, es quien abre y desencadena simultáneamente sobre nosotros, sobre la nube de los hombres, llamados a la vocación suprema de hijos de la santidad de Dios, esa misma vida divina; de manera que la Familia de Dios, en cierto modo, se queda extendida a todo lo ancho del número de los cristianos, y, en potencia, hasta los límites mismos de la humanidad entera. Con lo que la Iglesia viene a ser, pues, la prodigiosa extensión de la paternidad divina a esta muchedumbre de seres inmortales hechos semejantes a su Hijo, de quien el mismo Padre nos dice: “He aquí mi Hijo muy amado en quien tengo mi complacencia: escuchadle”. Ella es la verdadera sociedad de Dios, ciudad de Dios, cuerpo místico, humanidad santificadora, generación y Esposa de Cristo, en la que se desborda la plenitud de la vida divina.

Poco puede haber tan penoso e incomprensible, como la ignorancia en que vegeta la mayor parte de los cristianos, respecto a la verdadera grandeza de la Iglesia. Ella fué todo el ideal obsesivo de Cristo; el que alentó su misión entera y le llevó al martirio; la gloria que El quiso dar al Padre, y el designio de aquella superior voluntad en cuya obediencia Jesús encontraba su alimento. Esta Iglesia de Dios, en la que vivimos casi todos como hombres de estadios primitivos junto a los indescifrables lienzos de un gran museo invadido, no es otra cosa que la obra personalísima forjada por aquel hombre admirable, Hijo e Imagen esencial de Dios, nacido en pleno ambiente de milagro a unos esposos santos, pobres y trabajadores, entre las paredes de su cabañuela de Nazareth: testigos materiales de la santidad dichosa de la más divina entre las familias de los hombres.

La Iglesia nos la engendró el Corazón de Cristo: la descubrimos ya cuando nos paramos a contemplar en el recorrido celestial de los pasos del vía-crucis, esa afectividad, ese mundo de sentimientos enloquecidos por el

amor oculto en su pecho y patente en cada nuevo suceso de su pasión; amor que se nos transporta detrás precisamente de esas manifestaciones históricas y tangibles que el Evangelio guarda para que podamos, rememorándolas, penetrar dentro de lo que el Corazón de Cristo sentía y atesoraba. Y si esto es lo que se trasluce al acercarnos a la pasión de Jesucristo, en su atenta y enamorada reflexión debemos poner nuestra devoción y culto al Sagrado Corazón, y no en tantos escritos empalagosos y deshumanizados como se suelen leer en libros piadosos. Atendiendo en ella a los sufrimientos interiores que los físicos revelan; al curso íntimo de aquella afectividad desbordada, que hoy sigue reventando como una vena de vida de Dios inagotable, en medio de la Iglesia, garantizando su perenne juventud, gracias a que entonces supo llegar a la muerte en prueba de su amor. "Nadie tiene amor más grande que aquel que da su vida por sus amigos".

Es decir: que la Iglesia, la comunión de los santos, en el Corazón de Cristo nace, y en el Corazón de Cristo sigue encontrando su vitalidad, su fuerza, su razón de sobrevivir. ¡Se enfrentan con un enemigo trágicamente desigual los que la acometen! Pero ellos sólo piensan en lo que cabe dentro de la estrechez de su espíritu. No pueden comprender que Cristo nos haya garantizado la supervivencia cierta hasta el fin de los tiempos: "Mi Iglesia; las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Pues la verdad es que estamos viviendo en el Corazón de Cristo, y contra El nada pueden ya los que El venció para siempre con su sacrificio: "No temáis: yo he vencido al mundo".

Siempre estamos en comunión en el Corazón del Señor. Allí estamos todos presentes en cualquier instante de su misión terrena, desde la Encarnación a la Ascensión. En la oración del huerto, ante el cáliz saturado del pecado humano que le ofrece el ángel, y que tritura al Señor, como uva en el lagar, en agonía y en sudor de sangre: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya". En la consumación del sacrificio —como se renueva en cada misa diaria nuestra—, desgarrado el cuerpo por la crucifixión y el alma por la soledad en que aguanta la cólera del amor de Dios, desinfectándonos de la peste de nuestro pecado.

Ahí es donde vive el cristiano: "escondido con Cristo en Dios"; si no, no vive el cristiano; no es de la Iglesia; porque la Iglesia, la generación de Cristo, sólo está ahí: en ese Corazón de Dios, en el que nuestras casas, y los ministros para nuestra santificación, y los vírgenes en los que el pueblo cristiano se ennoblece al ofrecer a Dios la fragancia del buen olor de Cristo, vienen a ser sucesivas floraciones nuevas de la vida, después de un invierno más, a las que sucederán aún otras, y quizás otras, hasta que llegue ese día de Cristo, y se interrumpa ya el tiempo para siempre.

Serena el ánimo pensar que ya serán entonces nutrido ejército los grupos, acumulados en los siglos, de los mártires, y de los apóstoles; de los sacerdotes y las vírgenes; de las viudas y los esposos santos. Estas pequeñas perversiones idólatras, como un soplo de humo "que hoy es y mañana desaparece", tras las que se mueven ahora las aglomeraciones de los ciegos voluntarios, y la intrascendente amargura de nuestra inmersión en la historia, habrán dejado al fin al descubierto, nuestra sazón portentosa: "la gloria que Dios tiene reservada a los que le aman". Igual que, cuando aquí abajo, la posesión de lo que esperamos con ansiedad, sin atrevernos a creer que llegará a ser verdad un día, nos nublaba de asombro con lo contundente de su certeza radiante, quizás así entonces. Cuando la Iglesia, el ideal anhelado y acariciado por el Corazón de Cristo, al haberse cumplido en el término de su generación las cosas que El nos dejó anunciadas, alcance su plenitud, y "entre en el gozo de su Señor". Esta es la Iglesia y el ideal que amamos los cristianos, de la cual muchos tan sólo han podido conocer hasta ahora caricaturas deformes.

LA FLOR DE LA CARNE

"Toda la carne es heno; y flor como la flor del heno".

Enfrente de la Iglesia, humanidad santificada, está la humanidad ensoberbecida en el engreimiento de la propia naturaleza que llamamos sentido carnal de la vida. ¿En qué consiste ese sentido carnal, al que también llamamos los cristianos espíritu mundano, o materialismo?

Analicemos el problema. Sabemos, en primer lugar, que nuestra naturaleza, la plenitud de desenvolvimiento natural del ser humano, nos exige vivir en sociedad. Y este impulso radical de nuestra naturaleza al que nos referimos, descansa sobre una triple potencialidad instintiva evidente: la de conservación, la de afirmación y la de permanencia. Por estas tres inclinaciones básicas tiende el hombre, de manera natural, a distintos fines necesarios. Tiende a conservar su vida, y la de los suyos en el primer caso; a protegerse y protegerlos, apropiándose o utilizando todo aquello cuyo uso le puede ser preciso: alimentos, ropa y vivienda suficientes; cultivo adecuado para el desarrollo del espíritu; asistencia sanitaria; trabajo digno. Tiende también a afirmar su personalidad y a ordenarla beneficiosamente, respecto de su contorno social, asumiendo responsabilidades o funciones de magisterio o de autoridad en los diversos mundos familiar, económico, civil y religioso, a los que unas veces se adhiere, y otras toma él mismo la iniciativa de fundarlos. Y por último se inclina, con la misma atracción vigorosa propia de los dos impulsos ya descritos, a permanecer, a prolongarse en otros hombres que sigan siendo de alguna manera él mismo, algo profundamente suyo, y gracias a él, cuando él haya abandonado la tierra.

Pero el pecado, aquella primera traición de los padres de los hombres contra Yavé, ratificada después con abundancia en la existencia libre de sus descendientes, hasta nosotros inclusive, tenía que acarrear un desastre inmediato e impresionante. No en vano nuestra libertad, como todo lo creado, está sujeta a un orden y a una armonía. Lo mismo que los seres físicos en el campo magnético de la tierra están determinados por la ley de la gravedad, los vegetales por leyes biológicas, o los animales por las del instinto, el orden de la libertad humana ha de reconocer por su parte la ley moral. Luego nuestra desobediencia al orden moral, la introducción por nuestra parte de un trastorno en la armonía de ese cosmos que cautiva al expresar pasmosamente la insondable genialidad del Autor que lo ha compuesto, tenía que acarrear un desastre, de consecuencias tanto mayores a lo que supondría un cataclismo de estrellas, cuando es mayor la predilección con que Dios nos ha distinguido a los hombres sobre los simples seres inanimados, y nos ha puesto en mayor preeminencia y dignidad.

Y la repercusión de nuestro pecado se extendió a toda la naturaleza creada, que por designio del Altísimo nos había sido sometida en razón de nuestra soberanía sobre todo el mundo de lo corpóreo. Desde entonces, la tierra, los elementos, nuestro propio trabajo, nos manifestaron hostilidad, y los animales fiereza, y la enfermedad y la muerte pusieron su sello inequívoco en nuestras puertas.

En cuanto a nosotros mismos, en nuestro interior, en las raíces de nuestra naturaleza, el hecho de habernos salido, extraviado, voluntariamente, de los límites en los que nuestra felicidad y nuestra santidad podían moverse sin salir de su orden, es decir, sin destruirse a sí mismos, trajo consigo una repercusión inevitable. Fué como habernos metido a sabiendas en una atmósfera asfixiante, o dentro de las ruedas dentadas de una máquina gigantesca.

A consecuencia del pecado, se le desordenaron al hombre las bases

mismas de su ser. Quedó su naturaleza como invertida, de manera que el que había querido defraudar a Yavé para hacerse, por malas artes, su igual, quedó inclinado a objetivos bestiales y vergonzosos, indignos de la natural eminencia del hombre. El que había destruido la ley suave de la moral y del amor, se fabricó para sí mismo el yugo infame de la ley del pecado.

Su instinto de afirmación y de poder se le encabritó como un potro desbocado; la soberbia, la obsesiva estima de sí mismo, estalló en el corazón del hombre; en adelante, sólo habría dos categorías de estos: los amos y los esclavos; los fuertes, los que vencieron, tendrían sometidos siempre a los débiles a su ley, y éstos les servirían, y con el fruto de su trabajo les fabricarían a los otros su grandeza.

Aquella otra natural tendencia a posesionarse cada persona de lo necesario para poderse completar y conservar, se deslizó hasta los helados repliegues del egoísmo; muchos ya no vacilaron en acumular para ellos toda clase de bienes, necesarios y no necesarios, aunque fuera al precio de despojar a sus hermanos, a multitudes enteras incluso, de lo más indispensable para la vida. Con lo cual los despojados, acampados sus cuarteles de miseria y de hambre en torno a los palacios de la vanidad de los ricos, no dejan un instante de ofrecer ese espectáculo pavoroso de su asedio suplicante e infructuoso a los encaramados al festín; contraste inhumano, que no cesa de clamar venganza en los oídos de Dios.

Y en cuanto a la vida afectiva, al amor natural, que reclama del hombre o de la mujer darse y encadenarse al otro, para ayudarlo en la búsqueda desinteresada de su felicidad y lograrla ambos en su unión, mientras se ayudan a santificarse juntos y multiplican el número de los santos, quedó inclinado el hombre a la turbiedad codiciosa del gozo robado a escondidas, al libertinaje parásito antepuesto al noble deseo de la procreación y a la amorosa comunicación natural y sobrenatural de la solidaria aventura de dos destinos unidos.

Ciertamente, el hombre no podía vivir sin ley. Al sacudir de sí la del amor y de la fidelidad, queda, pues sujeto a la ley humillante y estúpida de sus apetitos desbocados. Apetitos en los que el mismo pecador se condena a no llegar nunca a encontrar satisfacción cumplida; porque nunca lo esencial del hombre podrá encontrarse a gusto y satisfecho en su momentánea degradación.

Cristo, en su enseñanza evangélica, nos da la fórmula única para sobreponernos al sentido carnal que nos hacía soberbios, deshonestos, fríamente egoístas. "Donde está tu tesoro, allí está tu corazón", nos dice; e invita al cristiano a poner su tesoro en Dios, en el amor de Dios, y no en las cosas materiales, ni en el placer, ni en sí mismo. Así el cristiano, al tener una posesión segura en el cielo, porque su corazón está en Dios y no en lo de aquí abajo; al vivir en caridad verdadera con sus hermanos, porque todos somos hijos de un mismo Padre celestial, queda libre de nuevo, en situación equivalente, y aun superior, pues ya se ha encarnado Dios entre nosotros, a la anterior al pecado. El cristiano puede entonces usar de todo sin quedar encadenado en nada, ni manchado: porque a él le importa sobre todo el amor de Dios; y el espíritu de pobreza o de desprendimiento; el de pureza o de fidelidad conyugal, y el de humildad, le resguardan siempre, manteniéndole alejado del engañoso terreno en el que se encenagan en cambio los idólatras del dinero, de las deshonestidades y de la fuerza.

En ese terreno de lodo es donde precisamente florece la flor de la carne. Ahí se han venido asentando a lo largo de toda la historia humana, las colosales edificaciones inestables del orgullo carnal, fabricadas sin descanso sobre las ruinas de la más recientemente desplomadas. Hasta que nació la Iglesia, la obsesión carnal de los hombres de pecado trató de impe-

dirla. Desde hace dos mil años, no cesa el afán de aniquilarla. Estos hombres se han asentado en la tierra para siempre, Rechazan a Dios. En la ciudad que ellos tratan de construir, pero que siempre está deshaciéndose, Dios, por definición, no tiene sitio. Ellos quisieran arrojarle de la tierra. Destruir a Dios, y dominar la tierra, parece ser su programa. Con lo cual queda destruido y esclavizado el mismo, y más mientras más se aleja de Dios y la ciudad materialista se hace más poderosa por los cinco continentes de la tierra.

¡Cuántas torres de humo, esfumadas así a los pocos instantes de presentarse temiblemente erguidas, lleva levantadas ya pacientemente el pecado del hombre! Parecen irresistibles un corto tiempo; luego, ya no son. Pero si los cristianos tuviéramos nuestra ciudad aquí abajo, como ellos, serían de temer. En realidad, no lo son: "No temáis a los que pueden quitarnos vuestra vida. Temed más bien al que puede sepultar cuerpo y alma en el infierno".

Sin embargo, esta ciudad de los sublevados, la flor de la carne de los ídólatras, hoy mismo, impresiona. ¡Son siglos y siglos saliendo humo de la tierra, humo hecho de sangre y de lágrimas; de miedo, de dolor, de vicio rematado en tragedia; de desesperación y escándalo! La carne rebelde, ese mármol de pecado sobre el que el hombre ha levantado su colosal estatua, apesta el universo del Señor. Es quizás en lo único en que se diferencia del heno la carne; porque después de todo, el olor del heno es agradable, recién cortado.

Pero las fantásticas ilusiones de los pecadores, sí que son igual que la flor del heno, "que hoy es y mañana desaparece". De ahí que, con asombroso realismo, nos amoneste San Juan en el Apocalipsis: "Hijitos míos, libaos de los ídolos". De esos ídolos que, en el corazón del hombre que "ha recibido su alma en vano", construyen "la concupiscencia de los ojos, y la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida".

EL CONFLICTO DE LOS REBELDES Y LOS SANTOS

Ahora no es fácil ver cómo al hombre concreto que somos cada uno de los hombres, desordenado en nuestras mismas bases psicofísicas por el pecado de naturaleza, le es necesario un trabajo e incansable ejercicio sobrenatural, que discipline y contenga dentro de límites razonables sus naturales apetitos y tendencias; de modo que mediante la repetición progresivamente fácil de los actos virtuosos, pueda restituirse al estado de justicia que suponía su primitivo sometimiento a la razón.

El cristiano ha de ejercitarse así en todas las virtudes; y además, será en la medida de su entereza de espíritu como contribuirá a la fortaleza sobrenatural de la Iglesia, al hacer posible, en su propia vida, por socialmente modesta que sea, la extensión efectiva en los hombres de la santidad de Dios. Tenderá a "revestirse de Jesucristo, con entrañas de caridad", a llegar "a la plenitud de la virilidad de Cristo"; creciendo en su "hombre nuevo" y aniquilando en sí hasta los últimos residuos del "hombre viejo" que pecó. Progresar en la santidad. Retorna a la amistad y predilección divinas. Busca honradamente, sin claudicar, aunque le cueste cada día comenzar de nuevo, la perfección a la que ha sido llamado. No se complace ya en pecar; y si alguna vez aún, por fragilidad, cede a la tentación, sabe que tiene abogado en Cristo Jesús, y después no querrá pecar más. Esta y no otra es la sencilla santidad a la que todos los redimidos por Jesucristo, sin que importe nuestra condición en la Iglesia, somos llamados; la misma que San Pablo estimuló y alabó en sus hermanos los fieles de las primitivas Iglesias. Santidad que nace de la paz interior y se vigoriza sobre la lucha interior; en ella consiste la vida normal del cristiano.

Enfrente de los santos, quedan sus antagonistas los rebeldes: los hombres carnales; aquellos que se convierten a sí mismos en centro de su propia vida, y fanatizados por la obsesión de destruir la "superstición" que les estorba dedicarse libremente a su idolatría de lo terreno, lo acumulan dentro de su corazón, y pasan su vida preparándose una muerte que les sorprenda abrazados a su quimera, cuando llegue la hora de aparecer ante Cristo saturados para siempre de esa basura, a la que con tanta fruición encadenaron su libertad.

Cierto que entre los santos y los rebeldes Dios tiene que soportar ahora a los hipócritas. Aunque de pasada, también ellos exigen atención. Son el asco de Dios. Hablan como los santos y viven como los pecadores. ¿Quién no ha escuchado su jactancia? Hombres de virtuosa apariencia y obras de lobo; siervos de los que entierran el talento; higueras estériles; vírgenes necias; "cristianos sin Dios", en frase reciente de los Obispos portugueses. Sin Dios, y cristianos sólo de nombre, porque parecen y no son; prometen y no dan nada; están a la puerta y no pasan ni dejan entrar; parecen despiertos, y duermen profundamente. De ellos dice el Señor que, igual que la sal sin sabor a nada, "ya para nada sirven, si no es para ser arrojados y pisados de la gente". Nadie como ellos, sin duda de ningún género, estorba y retarda el plan de Dios. Porque ellos abortan la gracia de la salvación en sus propias almas, e impiden que se conciba siquiera en las de muchos que entrarían en el reino, si no estuvieran ellos allí, plantados con su presencia de escándalo o de caricatura del Evangelio, produciendo aversión. Produciendo náuseas al Señor, hasta que le escuchen al fin su estremecedora palabra: "Conozco tus obras y que no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente; mas porque eres tibio y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca" (Apoc., 3, 15, 16). Estos, igual que los rebeldes, aunque hagan aspavientos de lo contrario, son los que ni se mueven cuando están viendo pasar junto a ellos a Cristo hambriento, enfermo, encarcelado, torturado y miserable.

No cabe duda de que, cuando Cristo acometió la tarea de restaurar a la humanidad envilecida, su obra tenía que edificarse teniendo en cuenta esta realidad forzada: la naturaleza caída en la dialéctica del amo y el esclavo; en el ansia de acumular lo que por justicia o por amor pertenece siempre a otros que necesitan de ello; en la deshonestidad y en el libertinaje.

Esta realidad ha seguido condicionando, desde la redención, toda la estrategia de la ciudad de Dios. Lo prueban, igual que había ocurrido antes desde los días de Eva, la sangre, la inocencia deshecha, la humildad escarnecida, desde las cuales los santos de Dios, que habrán "salvado sus almas por la paciencia", podrán alzarse en su día, para rodear vengados al fin, el trono del Cordero vencedor.

Sobre este terreno quebrado se despliega el gigantesco sacrificio y forcejeo de la Iglesia, de la humanidad santificada, a través del tiempo, en el intento de que reflexionen los hombres sobre la trascendencia del programa vivificador de Jesús: amor fraterno, formado de pobreza voluntaria, que deja libre en Dios, para no hacer daño y hacer el bien; de reconocimiento del propio pecado ante Dios; de una vida que no manche más a la humanidad con nuevas trasgresiones de la ley moral. Sólo por amor de la santidad de Dios, y de la santidad a que están destinados si no se corrompen en el tiempo de la prueba, los espíritus inmortales de nuestros hermanos. Mientras otra inmensa muchedumbre, en decenas de siglos, como en una grosera embriaguez colectiva, se ratifica en su pecado, en su rebeldía, desdenosa de la santidad adquirida a tanto precio, que la Santísima Trinidad ofrece con amor a cada uno de los nacidos.

La ciudad de la carne la vemos acaudillada, en su lucha secular, por las dos sectas enemigas de la Obra de Cristo: la que trata de corromperla

por dentro, hasta que se desmorone; y la que nos asalta por la sangre y el fuego para imponer a la Iglesia el silencio de la muerte.

Asedia de una parte a los cristianos la astucia corruptora de sus enemigos inmediatos, que se apoderan con sus tentáculos de las legislaciones y los gobiernos, de la enseñanza y las costumbres de los pueblos. Nos acomete de frente la satánica insolencia de la persecución nazi o bolchevique contra los santos. A lo largo del tiempo, los dos grandes focos y movimientos de corrupción del hombre siempre encuentran abierto el camino a su influencia, por la razón de que resulta sumamente fácil su alianza con los intereses y los apetitos de los hombres carnales que, en cada generación, se adelantan a ofrecerse al que pague un buen precio por su vida.

En nuestro tiempo, las dos sectas clásicas, enfrentadas por una aparatosa rivalidad de concepciones, se encuentran dueñas de fuerzas más poderosas que nunca. Las enormes organizaciones cuyos resortes manejan, controlan ahora prácticamente el curso de los acontecimientos mundiales. Cabría preguntarse: ¿cuál de las dos sectas está haciendo mayor daño a la santificación y salvación de los hombres inmortales: la masónico-capitalista, que profana la tierra con sus frutos de impureza y de miseria; o la ateo-comunista, que hace llegar a todas partes esa embriaguez de guerra y de mentira que parece ser el verdadero ídolo cruel ante el que sus dirigentes se inclinan? ¿Qué esclavitud es preferible: la que corrompe desde dentro la cristiandad, o la que nos arrasa y tiraniza desde fuera? ¿Quién podría aventurarse a decirlo?

Lo que no se puede ocultar a nadie que abra los ojos y tenga limpio su corazón, es el sobrecogedor rugido que en la noche, ya casi interminable —¡tantos centenares de años!—, están produciendo estas dos impetuosas mareas contradictorias: la de los hijos de Dios, que apenas puede decirse que tengamos ciudad en esta tierra, en la que sólo hemos podido establecer cuarteles de invierno, mientras prosiguen el viaje las avanzadas de nuestra columna expedicionaria hacia las torres, presentidas ya próximas, de la Jerusalem celeste, con su “tierra nueva y cielo nuevo” deslumbradores; y, enfrente, la que desencadena la ciudad de los hombres rebeldes, convencidos, y posiblemente no sin razón, de su hora, en la que por un poco de tiempo parecerá que se adueñaron al fin de la tierra, está próxima.

Porque ni una sola de las cosas que se nos anunciaron dejará de cumplirse. Y estos “últimos tiempos”, cuyo curso comenzaron a vivir ya tan decididamente las primeras comunidades cristianas, y que habían de venirse extendiendo desde entonces hasta “el día de Cristo”, se muestran grávidos ya, a todas luces, de dolor humano, de confusión, de exterminio y de nostalgia de Dios irresistible.

Madrid, Enero, 1951.

